

1437

Santiago, 16 de agosto de 1947.

Señor don  
Ignacio Palma V.  
Presidente de la Falange Nacional.  
Presente.-

Estimado Presidente y amigo,

el reciente debate sobre política internacional, relacionado con la concurrencia de Bernardo Leighton al acto de ayer en el Caupolicán, y la forma misma en que ésta fué decidida, me ha puesto en claro, de modo inequívoco, la abismal diferencia de pensamientos que existe en el seno del Consejo acerca de la manera como ha de dirigirse a la Falange.

Hasta ahora había creído que dicha diferencia era fácilmente superable con sólo un poco de buena voluntad y esfuerzo para concordar nuestras opiniones. Con el propósito de lograr esa concordancia presenté al Consejo, a poco de incorporarme a él, un memorandum destinado a servir de base o pauta a la discusión. Mientras la consideración de ese memorandum se limitó a los puntos puramente doctrinarios, pareció dar el resultado apetecido de uniformar nuestros pensamientos. Pero cuando tuvimos que abordar los caracteres definitivos de nuestra conducta política inmediata, de nuestra acción práctica como Partido, hemos tácitamente preferido renunciar a la tarea... Es así como, desde hace varios meses, nuestro estudio permanece estacionario, y es sintomático que se haya detenido cuando precisamente llegaba a considerar la posición de la Falange respecto al Comunismo... Entretanto, hemos seguido viviendo con el corazón atravesado por la espina de nuestra contradicción interna, que cada nueva actuación pública del Partido agudiza más y más. El Presidente y algunos Consejeros no parecen, sin embargo, concederle importancia, y prefieren seguir andando, aunque sea desordenadamente y con rumbo dudoso, a detenerse un instante para observar la ruta y escoger el mejor camino.

Por mi parte, pienso que este último es indispensable para la subsistencia misma de la Falange como Partido, y que perseverar en la conducta de los últimos tiempos es una inconciencia suicida. No obstante esta discrepancia, la esperanza de influir para que aquello se hiciera y consideraciones de amistad para con el señor Presidente, cuyo esfuerzo personal soy el primero en reconocer, me han movido a permanecer en el Consejo. Ahora, sin embargo, he llegado al convencimiento de que lo que esperaba no es posible, y en estas circunstancias, la lealtad que debo al Partido y a mis ideas me obliga a no seguir participando en la responsabilidad de lo que rechazo como funesto para el porvenir de la Falange. Presento, por ello, la renuncia indeclinable de mi cargo de Consejero.-

Quiero, al hacerlo, exponer algunas otras consideraciones que me parecen útiles en este momento.

En una de las últimas sesiones de Junta Nacional se criticó al Consejo por no haber dado una "línea" al Movimiento; por su incapacidad para definir los objetivos prácticos de acción y la táctica adecuada para conseguirlos. Y no pude sino participar de dichas críticas. El Presidente y el Primer Vice-Presidente, en cambio, las rechazaron categóricamente, sosteniendo la existencia de una "línea

clara" y de una estrategia y táctica que "se van definiendo día a día en la acción misma".

Esta línea, que sus sostenedores llaman "popular" y que a mí me ha costado un mundo descubrir, -muchos aún no logran verla, a pesar de lo clara que el Presidente la encuentra-, consistiría en "estar siempre al lado del pueblo, de los trabajadores", en ser, como se ha dicho, "el abogado de los pobres".

La idea, indudablemente hermosa, ha inducido a la Falange a incorporarse en forma activa a la acción sindical, en el propio terreno donde ésta se realiza. El Partido ha penetrado, así, en medio de la vida obrera, adentrándose en sus problemas, participando de sus luchas y defendiendo sus aspiraciones.

Hasta este punto, nada hay que observar, y ningún falangista puede tener discrepancias mientras nuestra acción sindical persiga el logro de la justicia y no caiga en la demagogia -porque el abogado cristiano defiende la justicia de su cliente y/ no cualquiera de sus antojos-.

Pero los sostenedores de la línea popular, éñ han creído que ella, exigía, además de esta acción sindical, una conducta política permanente de colaboración con los llamados partidos populares. Esto ha producido - y es aquí donde empiezan las discrepancias- dos efectos sucesivos:

a) en primer término, una solidaridad casi absoluta con los partidos políticos de izquierda en su gestión gubernativa. Se ha creído, por este medio, servir mejor los intereses de los trabajadores, afiliados en su mayor parte a esos partidos, y ganar más fácilmente su simpatía; y

b) luego, un contacto político habitual con el Partido Comunista, que en el último tiempo, cuando la Izquierda chilena ha empezado a disgregarse por la formación del Tercer Frente socialista, primero, y la deserción del radicalismo, más tarde, se ha ido transformando en una identificación cada vez mayor entre la Falange y el Partido Comunista. Se ha creído, en esta forma, permanecer fieles hasta el último a los intereses del proletariado.

El primero de estos hechos nos ha costado un alto precio: perder nuestra independencia en la política chilena respecto de los bloques de derecha e izquierda, independencia que naturalmente nos llamaba a ser la tercera carta ex am ta x en la que el pueblo de Chile pusiera sus miradas cuando se de engañara de las otras dos. Unidos al carro de la izquierda oficial, no por la comunidad de acción ante muchos problemas -lo que por sí sólo no ata-, sino por numerosos contactos puramente políticos, conversaciones, acuerdos, silencios y tolerancias, hemos corrido su propia suerte, haciéndonos solidarios de sus fracasos y defecciones. La Falange pudo ser la solución para los que, decepcionados de la izquierda en la que el año 38 pusieron su confianza, no querían sin embargo volver a la derecha, también fracasada. Al unírnos a la izquierda nos incapacitamos para serlo, y esto ha empujado nuevamente a esos desilusionados hacia la reacción o los ha llevado a poner sus esperanzas, como última carta, en el Partido Comunista.

Y el segundo de esos hechos, nuestras relaciones con el comunismo, ha importado no tan solo un error táctico, sino también una desviación o a lo menos un olvido doctrinario.